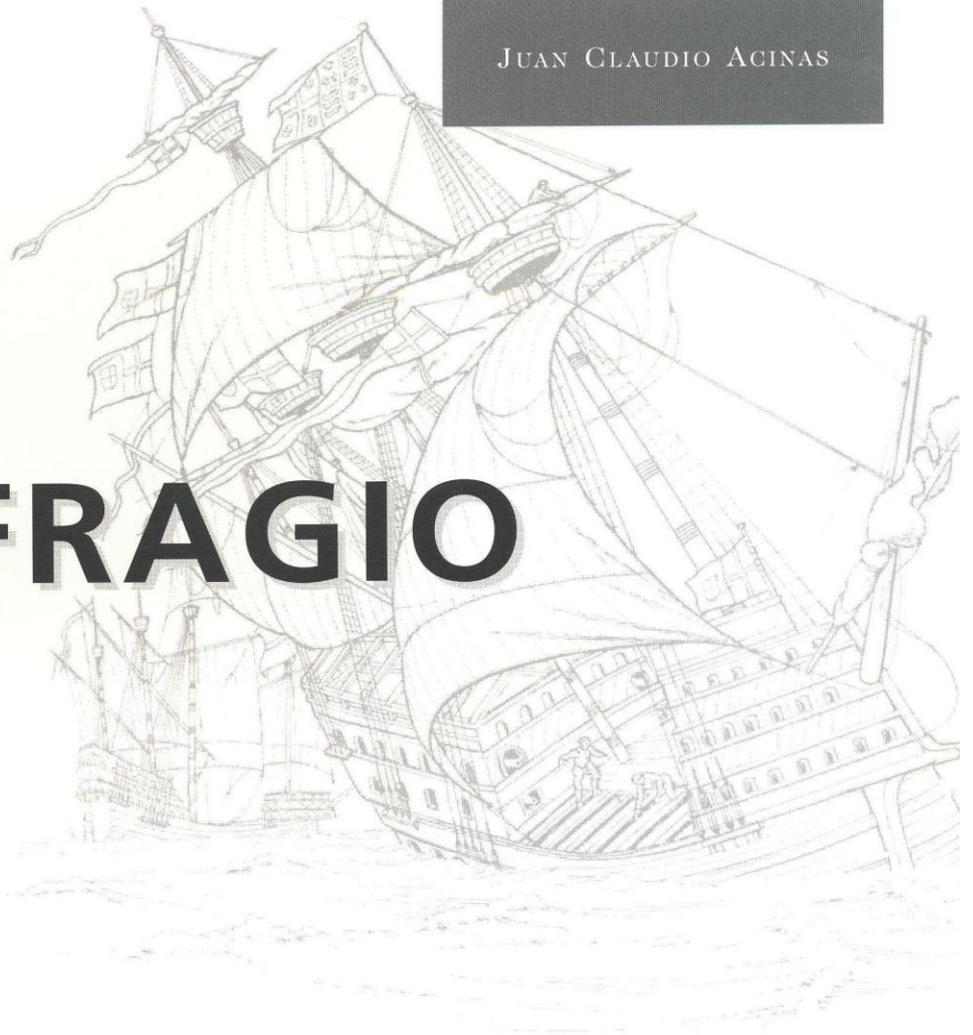


NAUFRAGIO



André Gide, en sus Recuerdos de la Audiencia Provincial, nos dejó un testimonio impresionante sobre su experiencia como miembro de un jurado en la ciudad de Ruán durante el mes de mayo de 1912. En esos apuntes nos cuenta cómo, tras una sentencia que tenía por gravemente injusta, angustiado, no pudo dormir, ni dejar de pensar en el relato que, hacía tiempo, un superviviente del Bourgoigne le había hecho. Éste le contó que estuvo en un bote con un montón de gente, donde unos remaban mientras que otros asestaban golpes en la cabeza y las manos a quienes, en medio de un mar de agonía, trataban de aferrarse al bote e imploraban por subir a bordo. No hubo ninguna opción, le dijo, salvarlos hubiese ocasionado que el bote lleno volcara. Aquella noche, después del juicio, Gide, mirándose a sí mismo, escribió: “hoy me avergüenzo del bote y de sentirme a salvo dentro de él”. Y aquella

noche, con amargura, recordó las palabras, “no juzguéis”, de quien muchos siglos atrás, al igual que otros sabios, también había proclamado “¿de qué servirá al hombre ganar el mundo entero, si él mismo se pierde o arruina?”.

Se comprende, entonces, que a Jesús sólo le rodearan aquellos que naufragaban, aquellos que poco a poco se hundían y notaban cómo el agua les cubría por encima del cuello. Leprosos, paralíticos, prostitutas, extranjeros, mendigos, hambrientos, desheredados, perseguidos o presos. A todos, sin preguntar por sus culpas, supo dar consuelo y ofrecerles un lugar a la sombra para el descanso y el sosiego, incluso llegó a llamarles bienaventurados, y a defenderles cuando los que no ven sino la brizna en el ojo ajeno vociferaban desde lo alto de la Ley con una piedra en la mano. “No condenéis -dijo- y no seréis condenados”. Y a todos, gente del arroyo, prometió con misteriosa dulzura una recompensa, “los últimos serán los primeros”, que muy pocos creían, pero que realizaba su dig-



nidad,
les volvía
más íntegros y les
ayudaba por dentro.

Ciertamente, nunca se le entendió muy bien, y él lo sabía. “¡Dichoso aquel que no halle escándalo en mí!”. Y, así, en un mundo de violencia feroz, donde únicamente la inclemencia del sol competía con la crueldad humana para agrietar la tierra y romper los cuerpos, él, sentado en alguna ladera o sobre la ardiente arena de cualquier playa, desgranaba palabras enigmáticas para quienes boquiabiertos le escuchaban. “No resistas al mal”, decía mientras se ajustaba las sandalias. “Ama a tu enemigo, y al que te golpee en una mejilla preséntale la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica, al que te obligue a andar una milla vete con él dos”. Lo que no significaba que aconsejara colaborar con la injusticia o aprobarla, sino que cada uno debía estar dispuesto a sufrirla con entereza antes que voluntariamente provocarla. Por supuesto, la turbación era general. Pese a lo cual, entre murmullos de asombro y alguna que otra risa, él, sin inmutarse pero con una mirada un tanto extraña, aún añadía: “no amontones tesoros en la tierra porque donde esté tu tesoro ahí estará tu

corazón, presta sin esperar nada a cambio, perdona setenta veces siete, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha y al que te pida, da”. Porque, concluía con una tranquilidad ensimismada que a todos pasmaba, “si amas a quien te ama y haces el bien a tu hermano, ¿cuál es tú mérito?, ¿qué es lo que haces de particular?”.

No, seguramente nunca le entendimos muy bien. Aunque es bastante probable que, con todo, se equivocara en más de una cuestión decisiva. Como cuando, casi al final, se dirigió a uno de los que le seguían, declarando que sobre él edificaría su iglesia para que aquí, entre nosotros, atara y desatara.

Las consecuencias, realmente, fueron nefastas. Y, con el tiempo, frente a la plenitud de potestad que muchos pretendían para un pontífice infalible y supremo, del que cada soberano derivaba su autoridad y tenía que ser súbdito, tan sólo unos cuantos, los ascetas, los mendicantes, algunos místicos y sectarios, recordarían que, además, Jesús dijo a sus discípulos: “Por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes”. Y no que ellos, algún día, llegarían a ser gobernantes y monarcas. Sí, tan sólo unos pocos, los herejes, los excomulgados, los primeros dissenters y anticlericales, evocarían también aquella apacible tarde, cerca de Jerusalén, en que recostado bajo un olivo tuvo que terciar en una discusión entre amigos. “Sabéis -les advirtió- que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, que los grandes se hacen llamar bienhechores y las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino el que quiera llegar a ser grande será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero será vuestro esclavo”.

Antes de esa disputa, y en contra de un ritualismo en exceso hipócrita y hueco, ya había afirmado: “el sábado ha sido instituido para el hombre, no el hombre para el sábado”. Y no en vano, él mismo, aclamado por enfermos, pordioseros y desamparados, los cuales querían coronarlo como rey, se vió obligado a huir rápidamente y marcharse al monte en solitario.



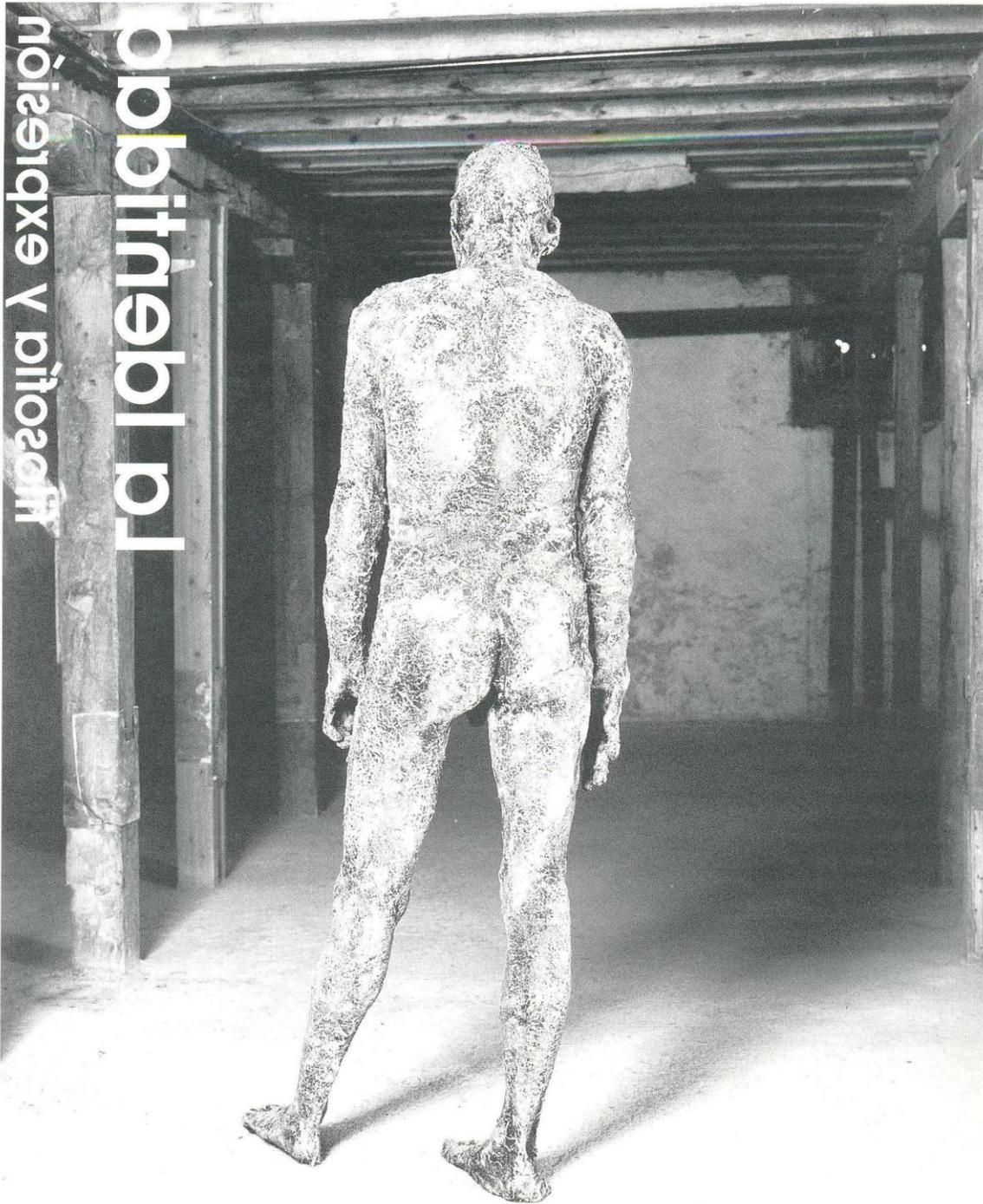
Tal era la opinión que le merecía cualquier gobierno mundano, donde “los ciegos guían a otros ciegos” y donde, por causa de tanta ambición y pueril vanidad, es justo que “todo el que se ensalce, sea humillado”. De ahí, su recomendación: “No imitéis la conducta de escribas y fariseos, porque dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres. Se hacen bien anchas las filactelias y bien largas las orlas del manto, quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y se les llame rabbi”.

Sin duda, otro problema, y no el menor, surge de aquel empeño confiado en que lo terrenal no es sino un tránsito efímero hacia una felicidad angélica o, como castigo, hacia una gehenna de fuego que no se extingue jamás. Pero, ya se sabe, en cuestiones de fe, mientras no agredan ni empaquen demasiado, lo mejor quizá sea callarse. Quedémonos, pues, con una sola de sus máximas: “Cuanto quisieréis que los hombres os hagan a vosotros, hacédselo vosotros a ellos”, esto es, “tratadlos como queréis ser tratados”. Precisamente por vivir conforme a este ideal del respeto mutuo se le acercaban los vencidos y despreciados, los que perdían el rumbo o habían naufragado. Si bien, era curioso comprobar cómo algunos, lo mismo que hoy, tras subir con timidez a cualquier barca segura, desde ese triunfal instante, ya de nada ni nadie querían volver a acordarse. Y acerca de este olvido, tan interesado, tan ingrato, cuenta la leyenda que, por los confines de Galilea, diez leprosos salieron al encuentro de Jesús para que les curara. “Id y presentaos a los sacerdotes”, les dijo. Y sucedió que, en el camino, quedaron limpios, pero sólo uno, un samaritano, regresó para agradecerse. “¿No han sido diez los curados? -preguntó aquél-. Los otros nueve, ¿dónde están?”.

He aquí por qué Jesús, quien además sería perseguido, insultado, escupido, azotado y crucificado, tuvo que padecer como nadie ha padecido. Por esto, Dietrich Bonhoeffer, a su vez ejecutado por los nazis en 1945, explicó así la terrible tragedia del calvario: “Resulta infinitamente más fácil sufrir en comunidad que a solas. Resulta infinitamente más fácil sufrir públicamente y con honor que apartado y en la deshonra. Resulta infinitamente más fácil sufrir en el cuerpo que en el espíritu. Cristo sufrió en la soledad, apartado y en la deshonra, en el cuerpo y en el espíritu”. Y es por esto que, desde entonces, muchos parias, derrotados por la vida y gente marginal, exiliados de ojos tristes y perdedores con sueños rotos, impávidos aunque sin aliento, en cada crepúsculo, naufragan todavía con él.



filosofía y expresión
la identidad



A modo de Epílogo

Me resta por decir que las palabras escritas para prologar estos textos, aun en el tono balbuciente y entrecortado con que fueron dictadas, son de mi absoluta responsabilidad. Mejor dicho, aparecen tal cual las entiende mi propia apertura subjetiva a los proyectos de identidad expresados por los otros autores, desde la conciencia de la fragilidad de mi propio proyecto. Pero qué otra cosa podría ser, si el ser que somos se encuentra en verdad siempre desnudo...

V.P.

FILOSOFIA
DOSSIER